



Artículos y Ensayos

UN CASO DE RESILIENCIA A PROPÓSITO DE LA FUNCIÓN FÁLICA Y DEL DESEO DE LA MADRE

JORGE LUIS CRESPO SUÁREZ

RESUMEN

El presente trabajo tiene por objetivo ilustrar, a través de un caso y su elaboración desde la perspectiva psicoanalítica, una articulación posible de la noción psicológica de resiliencia y la de función fálica.

Palabras claves: resiliencia, función fálica, deseo de la madre, identificación

A CASE OF RESILIENCE IN RELATION TO THE PHALLIC FUNCTION AND DESIRE OF THE MOTHER.

ABSTRACT

This paper is to illustrate, through a case and its development from a psychoanalytic perspective, a possible articulation of psychological notion of resilience and phallic function.

Keywords: resilience, phallic function, desire of the mother, identification



La resiliencia ha sido descrita como la capacidad de un sujeto para sobreponerse a persistentes y/o graves dificultades acaecidas. Sin embargo, esto no es sin el concurso psicodinámico de la estructura subjetiva y la experiencia de cada sujeto. Este trabajo intenta presentar y elaborar algunos de los operadores psíquicos presentes en la experiencia de vida de una mujer de 82 años.

Ana era una señora de 82 años, de asombrosa lucidez, viuda hacía 32. Sus padres se conocieron y en poco tiempo se casaron con una diferencia de edad notable, él mayor que ella. Fue la mayor de cuatro hermanos. Desde el primero al último encuentro hizo gala de modales muy dedicados y cultivados. No hubo torpezas y así fue mientras nos encontramos. Comenzaba siempre directamente, hablándome de lo que llamaba “sus heridas”.

Cuando nació, su padre se “volvió loco” con ella, él la adoraba y siempre recibió su afecto y protección. Pero desde muy pequeña comenzó a sufrir el odio de su madre, el cual se manifestaba con repentinas y brutales agresiones físicas y verbales, que oscilaban entre golpizas severas, quemaduras, descalificaciones, culpabilizaciones y exigencias desmedidas. Sus historias del maltrato recibido por parte de la madre eran conmovedoras, usualmente sangrientas, solía narrar con cuidadosa coherencia todos los acontecimientos, me era necesario sujetarme fuertemente al asiento, sentía el peso. Pronto advertí que estaba frente a una persona que no solo había sufrido una terrible infancia, sino que también la había sobrevivido.

Luego de una pausa para tomar aliento, ambos lo necesitábamos, le pregunto, “¿para usted es muy importante contarme su historia? Sí, es muy importante. Nunca he podido contar todo esto a nadie”. Así se deslizaba su demanda, Otro que escuche, y el



primer resorte de un alivio terapéutico (tal vez el único necesario): Escuchar, Atestiguar. El final de los encuentros terminaba con un “Gracias una vez más por escucharme”.

Ana se casó a los 23 años luego que su padre muriera, fue consenso familiar que este paso constituiría su único modo de salir viva de los continuos ensañamientos de su madre. Esta pérdida le afectó mucho, y no solo porque su padre solía resguardarla del goce de su madre. En este contexto, Ana me llega a decir: “A un solo hombre amé, y un solo hombre me amó: mi padre”. Su padre sabía de la amenaza que constituía para Ana esta madre desequilibrada. Cuando ocurrían estos episodios de agresión, según Ana, “si ella no se escondía, él la mataba”. Solía llevarla con él para evitarle el encuentro con la madre y poder cuidarla, pero no siempre esto resultaba efectivo. En ocasiones su madre la acechaba aprovechando los descuidos del padre, y conseguía su objetivo.

“¿Por qué las cosas no fueron diferentes para mí?” Se quejaba Ana en una sesión. “¡No tuve infancia, no tuve juventud, no pololee, me pasaron cosas terribles! ¡Murieron los que más quise!”

A pesar de todo, Ana se consideraba una persona alegre, se dedicó a las artes, aprendió muchas cosas, y valoraba, orgullosa, su integridad moral, su dignidad. Luego que su marido murió, tras sufrir su violencia psicológica (“eres una loca”, le decía, replicando el gesto hacia sus hijos pequeños), dijo, “nunca he sido más feliz”.

Frente a la angustia que puede dejarnos estupefactos en la práctica clínica, no tenemos mejor remedio, ético por cierto, que hacernos cargos desde la elaboración del caso. Así me dispuse a tratar de extraer resortes lógicos que me pudiesen ayudar a entender la particular estructuración subjetiva que implicaba la historia de Ana. La interrogación clínica, y la transferencia, por qué no, que me convocaron fue la de



comprender aquello que hizo posible la sobrevivencia subjetiva de Ana frente a tanto abuso, o mejor, frente a tanta intrusión descarnada de lo real del Goce del Otro. Intrusión que, desde la perspectiva psicoanalítica acarrea la devastación de la subjetividad y de toda chance de devenir a la condición ética de sujeto de deseo. Con esta premisa, me dije, Ana debió de sobrevivir subjetivamente a una constante y dramática amenaza de reducción a la condición de objeto no velado del Goce del Otro. No muchos lo consiguen sin grandes estragos subjetivos. A dónde me conduciría su historia para comprender su modo particular de sostener su condición de sujeto, tal resiliencia. Fue esta la pista que quise seguir apoyado en algunos operadores y conceptos de la teoría psicoanalítica.

Ana gozó de constituirse en falo de su padre, tuvo la suerte de tener un lugar en el fantasma de un padre que significaba en ella su deseo, -“a un solo hombre amé, y un solo hombre me amó”- a diferencia de haber constituido, para su madre, un objeto parcial de goce, descarnadamente, sin el velo de un fantasma materno. Siendo el deseo de su madre un país desconocido para ella, un no existente, Ana fue el blanco directo tanto de sus pasajes al acto como del carácter perverso del lazo que le imponía. En sus relatos, todas las referencias a la madre tenían que ver con las escenas de goce a las que era obligada, sometida. No había referencias al deseo de la madre en su discurso, el de Ana, captación que hubiese podido servir de material para articular y velar, reprimir y amortiguar, la tendencia intrusiva de aquel goce. Ella, su madre, apareció de súbito en su vida, sin un antes, sin historia previa, y aparecía repentinamente en su día a día, llegaba y la golpeaba, la veía y la vejaba, la sorprendía y la quemaba. Nunca se presentó Ana con explicaciones, culpabilizaciones, perdones, justificaciones, confesiones, arrepentimientos o racionalizaciones alrededor de los actos de su madre. Su madre era un Real apenas



recortado, fantasmático. Del padre en cambio tenía toda una historia para contar, hablaba de sus orígenes, de sus actos, de su amor por ella y de su dedicación al trabajo, de sus consejos y de sus expectativas, incluso de su dolor de dejarla sola con su muerte.

Me arriesgo a rematar esta dicotomía del vínculo parental con una frase resumen: frente al goce desbastador de la madre, Ana tuvo la armadura del deseo subjetivante del padre. Es desde este lugar, desde el deseo subjetivante del Otro, desde el cual un sujeto puede construir un modo de hacer con su goce y con el goce del Otro, y un modo también de significantizar lo Real sin escapar al precio estructural de un imposible, e instalar en el fantasma aquellas instancias imaginarias que le permitirán articular su deseo con el deseo del Otro.

Sin dudas, Ana se constituyó como sujeto bajo las garantías del falo que vehiculizó la operación del nombre del padre en ella, aun cuando es de lamentar que desde ninguna de sus encarnaciones (RSI) pudiese evitarle este padre las mortificaciones de la madre. No obstante, Ana significa así su presencia idealizada, la presencia en su fantasma de un Padre para el cual ella fue el falo. Además, este mismo vínculo instaló en ella cierto lazo imaginario con la figura de un protector idealizado, por medio de lo cual pudo luego consentir a buscar en otro hombre, antes que nada, un lugar (exogámico) donde el goce materno no la pudiese alcanzar. De esta forma pudo Ana desplegar un modo de sostener la diferencia y la distancia entre una posición de sujeto del deseo del Otro (paterno) y una posición de objeto de goce del Otro (materno). Una conclusión lógica de este fantasma podría haber sido: “no es cierto que es solo ser objeto de Goce del Otro mi destino”.

Por otra parte tenemos la función de los S1 operativos en Ana, sus identificaciones, expresados, en primer lugar, en la certeza de ser la hija amada por su



padre, que actuaría como soporte de su unidad narcisística e integridad imaginaria; en segundo lugar, en su identificación al significante “mi dignidad” que regularía la economía libidinal de su lazo con el otro, normando las distancias y los intercambios operativos con sus semejantes; y en tercer lugar; en la figura del protector, donde Ana repararía especularmente su propia historia bajo el goce orgulloso (narcisista) de haber sido capaz de ayudar a sobrevivir (es lo que se repite) a una serie de las figuras significativas de su historia, en diferentes circunstancias y al precio de un sacrificio importante.

Finalmente, y no menos relevante, se presentó como consecuencia de nuestras primeras sesiones la insinuación de una rectificación subjetiva de parte de Ana, un cambio de posición que le permitió orientarse hacia un modo determinativo de contener el goce del Otro, aun bajo los velos de la ayuda, de la simpatía, o de la amistad. Varios momentos de su decir constituyen para mí los signos del inicio lógico de la construcción y articulación en su fantasma de este posicionamiento diferente frente al Goce del Otro, un posicionamiento limitante. Esto al escucharle decir, y casi como repeler desde su cuerpo, tal vez en dos tiempos:

“Después de la muerte de mi marido, nunca he sido más feliz”. Por primera vez Ana no convive más con un agresor. Ya no más el goce descarnado del Otro bajo su mismo techo, y...

¡Estoy cansada de los amigos, de los hermanos, de los maridos!”. Esto es, de cierto goce velado del Otro tras ciertos semblantes (o de sus propias posiciones de goce).

También vale la pena agregar el testimonio de lo que considero un momento lógico igualmente conclusivo y subjetivante, cuando Ana, resuelta, fija un movimiento de separación identitario, afirmando:



“¡A pesar de tanto sufrimiento, soy muy alegre!”.

Finalmente, podría observarse en este caso cómo la función fálica constituyó el anclaje subjetivo del sujeto al Otro en el tratamiento de lo Real, y cómo, en tanto se sostuvo en una serie de las identificaciones del sujeto, potenció su estabilización subjetiva frente a la intrusión defantasmaticada del goce del Otro. Por ello, considero, es posible pensar la lógica explayada y la potencialidad subjetiva implicada, como una posible lectura psicoanalítica de la noción psicológica de resiliencia, para esta sujeto.